

Una novela de nuestra América

por Roberto LEDESMA.

DUESTO que todos hemos sido niños, mal podría extrañarnos que sea la misma Marta Brunet quien reviva en sus historias de una niña. Eso explicaría la viviente realidad de Solita, la menor aunque no la menos personaje de su libro "Humo hacia el sur". Sólo, que si aceptamos como buena esta explicación, podríamos preguntarnos: ¿Qué no ha sido Marta Brunet, además de niña, que no reviva igualmente? ¿No ha sido, en sucesivas existencias, una vieja avara, y un político inepto, y ama de remolenda, y un padre de familia correctamente hipócrita, y una institutriz con un novio en Suiza, y una criada, y un perro y un gato, y un bosque y un castillo y un montón de cosas inanimadas? Esta ocurrencia es lo que más inmediatamente me sugirió la primera novela de la cuentista chilena y ya casi compatriota nuestra.

Pero hace falta creer en la reencarnación. Sin eso y sin necesidad de hacer psicología, mala palabra en literatura, sino sólo a pura simpatía humana, esta "ninita" y gran mujer lo comprende todo, identificándose con todo. Pues claro está que la simpatía de que hablo no tiene prejuicios ni preferencias, ni es la misma a que se alude cuando se dice, limitivamente, que dos personas simpatizaron la una con la otra. Si esta simpatía tiene semejanza con algo, es con el sol, que desciende sobre todas las cosas para iluminarlas por igual, sin juicio ni distinción de valores. Tanto le da la chinita como la dama, el pesebre como el salón. Para manifestarse, a esta simpatía le basta, como a la luz, tropezar con algo; algo "de veras", como dice Solita.

El sol del simií cae sobre la vida de un pequeño pueblo, y nos lo aumbra de tal modo que no nos deja sin conocer persona ni cosa con valor o color locales, por fuera o por dentro. No lo enseña sobre todo, por dentro, lo humano, en el fuego de los dos con-sabidos motores, el amor y la ambición, sublimados por instantes, pero casi siempre en su crudeza de feria de vanidades y de mercado del sensualismo. Así, como en los barcos por su estrechez y aislamiento hay una capa de separaciones estrictas, arriba y una capa de promiscuidad, abajo, el reducido mundo del pueblo se nos presenta con su rigurosa división de categorías mundanas y personales, pero crudamente amasado en su condición de humanidad. Triste condición, en el detalle. Si algunas siluetas, flotantes en una atmósfera de irrealidad, se salvan, creo que se debe a debilidad sentimental de Marta Brunet; a simpatía de la otra especie. Pero las ha condenado, así a no ser más que siluetas, como en los sueños o en los cuentos para niños.

"Humo hacia el sur" tendría, solamente por eso, el valor de un muestrario bastante completo del género humano y de sus escalas. Frente al número y variedad de tipos (sobre todo femeninos) que salen a interesarnos en sus dramas particulares, no acabamos de saber cuál nos interesa sobre los demás; quién es el protagonista. Novela sin héroe, diría. Sólo que tal novela desconcierta mis convicciones; pues escribif



Marta Brunet en un dibujo de Manuel Angeles Ortiz

una vez, en efecto, que lo primero en literatura de imaginación, es el héroe. ¿Cómo conciliar esto con mi feliz certeza de hablarle ante la obra de la novelista tantas veces anunciada en Marta Brunet? Pero agregaba, entonces: "No es necesario que el héroe tenga un alma. Es indistintamente un hombre, un animal, un elemento inanimado..." Este es de saber cuál nos interesa sobre sur" un ser multiforme, cuyo espíritu esta siempre presente en los sucesos, y cuyo destino es lo que se juega en ellos. Es el pueblo. El pueblo es el héroe. Y por encima de la vulgaridad o trivialidad de las existencias individuales, es en el drama colectivo justamente, donde la novela adquiere su mayor belleza y carácter de epopeya.

Sobre la franja geográfica de Chile, hacia el sur, en tierra de Arauco, tierra de los grandes bosques (y también de los grandes incendios que suelen "violar" nuestras fronteras), el hombre abre claros para explotar la madera, como también para entregarle suelos a la agricultura. El ferrocarril sigue al hombre. Pero el ferrocarril termina... Y eso es el pueblo. Punta de rieles; avanzada de ambiciones, de rivalidades, de apetitos, de envidias, de vicios, de pasiones egoístas, diferentes en tamaño pero iguales en calidad, en un hervidero del que apenas se levanta una que otra lamita del espíritu. Verdadero pantano, sí donde la corriente muere y se pudre; pero pantano con una corriente en potencia, que se forma en su propio seno, por el mismo caudal humano que se acumula. Pues undía, el ferrocarril, siguiendo al hombre, seguirá; y la última estación será solamente la última parada. Mientras tanto, la especulación (doña Batilde, dueña y señora de todo) con el apoyo de la políti-

ca (su marido) logra demorar la ruina que ha de ser la contribución del pueblo a la marcha del progreso.

El día llega. La corriente va a desbordar la charca. Hay que vender, liquidar, tomar el camino del éxito, adelantarse al ferrocarril. Es el fin previsible y necesario, que se venía incubando en la misma condición del pueblo. Pero también otro epílogo estaba latente. ¡El fuego! Y precisamente cuando el pueblo se acababa por su propia causa, en la solución de un proceso histórico, Marta Brunet no ha permitido que así fuera, con un trueque que, siendo espectacular, no deja de ser preciso y que implica a la vez una gran concepción estética y una conclusión ética, de Juicio Final, sin ser el juicio final de la moraleja. Al hacer intervenir a último momento, una potencia sobrehumana, trasmuta el desencante dialéctico en aniquilamiento apocalíptico.

Ahí es la purificación de todos los pecados. La vanidad, la soberbia, el lucro, la corrupción, la lascivia, se funden para levantar un solo sentimiento grande de comunión humana, ante la calamidad común.

Demasiado tarde. Accidental o intencional, el fuego, que en otra parte podía terminar en fogata, aquí es incendio inextinguible, pues el pueblo —pueblo de casas, de madera, de explotación forestal, de aserraderos— lo llevaba en sus entrañas de bosque, como amenaza del destino o advertencia del cielo. El azote bíblico es, al fin, el que arrasa con él —pequeña Sodoma— y abre paso al ferrocarril, a la conquista del hombre, hacia el Sur, hacia el Norte, al revés que compartimos con nuestros hermanos de Chile.

(De "Argentina Libre", Buenos Aires.)